

14

Mi inesperada experiencia en un velero El espíritu de Persistence

My unexpected experience
on a sailing vessel
The Spirit of Persistence

Una brillante y soleada tarde en el puerto de Cartagena, Colombia, estaba con mi pequeño hijo y otros dos pasajeros y abor-dé un velero; ese era el único medio de transporte existente hacia las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Después de vivir en el continente, volví a la Vieja Providencia, mi isla hogar en el Caribe.

Mientras el barco desplegaba sus velas y el capitán gritaba sus órdenes a los marineros, yo, de pie sobre la cubierta, contemplaba el hermoso ocaso. Un caballero se me acercó, se presentó y me contó que él también regresaba a Providencia después de haber vivido y trabajado en Panamá. Le conté que me mareaba mucho cuando viajaba por barco. Me prometió que nos cuidaría durante el viaje. Una oferta muy apreciada cuando se viajaba en velero en esa época.

El señor X nos acompañó a nuestros camarotes y regresó a cubierta. Nunca imaginé que ésta sería la primera y última vez que vería a este hombre.

No estaba preparada para la aventura que ocurriría durante los cuatro días del viaje a la isla. Durante el resto de la noche el señor X no cumplió su promesa; nunca volvió a ver cómo estábamos. Al transcurrir la noche, yo me enfermaba más y más, y el Sr. X no aparecía. En la oscuridad de la noche, yo veía sombras de personas caminando dentro y fuera; escuchaba voces a través de la cabina del capitán. También pude notar que alguien yacía en su cama.

A la mañana siguiente aún había alguien descansando sobre la cama del capitán. Y él estaba al pie de su puerta. Comencé a sospechar que algo pasaba y que alguien se había enfermado seriamente. Mis compañeros de viaje y yo decidimos preguntárselo al capitán; y él confirmó nuestras sospechas. Nos dijo que el señor X había fallecido durante la noche. Había sido hallado sin vida sobre la cubierta.

El capitán estaba desmoralizado. Decía: “Creo que voy a renunciar a seguir navegando”. Según parece, era su primera experiencia con la muerte en alta mar. Era costumbre que si alguien moría a bordo de un velero, el cuerpo se envolviera en una tela de vela, el capitán leería de la Biblia el Salmo 23 como un mensaje de despedida y los marineros colocarían el cuerpo en *la pasarela de desembarco* y lo entregaban al mar. Pero este capitán, el señor B, decidió que no le daría una despedida marina a este hombre. Después de cuatro días en el mar, en una cabina donde el calor podía alcanzar los 80 grados, la luz de bienvenida proveniente del faro de la Vieja Providencia resultaba ser un gran alivio.

A medida que nos acercábamos a la isla, el capitán usó su

linterna y en clave Morse notificó a las autoridades que alguien había muerto durante el viaje. El bote velero había sido anclado al puerto de la Vieja Providencia. El cuerpo del señor X fue removido. A los pasajeros se les había autorizado descender. Dimos gracias al capitán B y a su tripulación, y partimos.

El recuerdo de este viaje permanecerá por siempre en mi mente. Sobre todo por el hecho de que en nuestras islas, los cuentos fantasmales son nuestro pasatiempo favorito.

¡Buen Viaje!

MY UNEXPECTED EXPERIENCE ON A SAILING VESSEL

THE SPIRIT OF PERSISTENCE

By Patsy Archbold.

It was a bright and sunny afternoon in the sea port of Cartagena Colombia when along with my baby boy and two other passengers, I boarded a sailing vessel. At the time, it was the only way of transportation to the island of St. Andrews, Providence and Santa Catalina. After living on the Continent, I was returning to my island home of Providence in the Caribbean. As the vessel set sail, and the Captain shouted his orders to the sailors, I stood on the deck, contemplating the beautiful sunset. A gentleman approached me and introduced himself. He also was returning to Providence after working and living in Panama. I told him that I became very seasick when I traveled by boat. He promised that he would take care of my son and me during the trip. An offer very much appreciated when traveling on sailing boats in those days. Mr. X accompanied us to our sleeping quarters, and then returned to the deck. I never dreamed that this would be the first and last time that I would see this man. I was not prepared for the adventure that would occur during the four days voyage to the island. During the rest of the evening Mr. X never returned to check on us as he had promised. As the night wore on, I became more seasick, but still Mr. X never came to our aid, as promised. In the dark of the night, I could see shadows of people walking, in and out of the cabin and heard talking across the way to the Captain's quarters. I noticed also that someone was lying on the Captain's bed. The next morning I noticed that someone was still resting in the Captain's bed. When I saw the Captain standing by the door, I became suspicious that something was not right. I decided that someone had probably gotten very seasick. My traveling companions and myself decided to ask the Captain if someone got very sick during the night. He confirmed our suspicious and told us that Mr. X had died during the night. That he was found dead on the deck. The Captain was devastated. He said, "I think that I'm going to quit going to sea." This was his first experience with death at sea. It was customary if someone died on board a sailing vessel, the body would be wrapped in sail cloth, the Captain would read from the Bible a send off message like the Psalm 23 and the sailors would put the body on the gang plank and deliver it to

the sea. But this Captain, Mr. B was determined that he would not give this man a watery grave. After four days at sea, in a cabin where heat could easily rise to 80° the welcome beam of the lighthouse of Providence was a great relief. As we came closer to the island, the captain used his flashlight and signal Morse code to notify the authority that someone had died during the trip. The vessel anchored safely in the town harbor of Providence. Mr. X's body was removed, and the passengers were allowed to go a shore. We gave thanks to Captain B and his crew and bid good bye. The memory of this trip will forever remain in my mind, more so because in our islands, ghost stories are a favorite pastime.

